

## CARMEN BOULLOSA

### ANTES

**C**UANDO ME QUEDABA A dormir con la abuela, vencía con su calor la oscuridad. Nos acostábamos en la misma cama, muy juntas, y la oía y la oía respirar y creía que el ritmo de su respiración era el mío y, no me atrevería a asegurarlo pero creo que era así, soñaba yo su sueño, descansando del mío, de aquel desorden que habitó salvajemente cuando le fue posible el mundo de mis sueños.

Con ella dormía. Despertaba después que ella, con la luz bañándome alegre los ojos: nada me había llamado en la noche, nada me había alertado, nada me había dicho *ven*. Se me dejaba estar ahí llanamente, como ahora lo estoy pero tan lejos de mí. Los sonidos no habían llegado a tocarme el hombro.

No pude inventarme de noche un código que agrupara los sonidos a los que les tenía pavor, pero los fui acumulando, armando un diccionario sin definiciones, un léxico auditivo. Seguramente hay un término apropiado para nombrar lo que formé con los ruidos que me seguían por las noches. Pero a ninguno le puse explicación: de ninguno dije "estas son las puertas del armario crujendo", entre otras cosas porque también a la puerta derecha del armario le tenía miedo *porque sí*, porque estaba ahí, porque me quedaba cerca de la pierna derecha y la sentía a punto de estallar, abriéndose cargada de lo ignoto... No puse definiciones a los ruidos que enumeraré porque las definiciones no me hubieran ayudado en nada, no me hubieran calmado o tranquilizado sino que hubieran enriquecido con más elementos la sazón del miedo. ¡Cuánto más me hubiera alarmado el saber de dónde y cómo procedían!

Había los que me perseguían más constantemente, aunque no eran a los que yo les tenía más miedo. Éstos los escuchaba cuando todavía deambulaban los despiertos afuera de mi recámara; no los quería pero eran hermosos, no me dejaban dormir, tenían el constante carácter de una certeza... Eran los ruidos producidos por el piso de madera, eran los insectos estrellándose en las ventanas, tañidos como de oro o cobre resbalando por las paredes, pequeños pasos dados con zapatos tejidos, pasos acaramelados... Todos éstos eran domésticos, nobles...

Después me dormía y los que me despertaban... ¡los que me despertaban!, a éstos sí les tenía un miedo sagrado, un miedo sin nombre, sin sabor, un miedo que estaba afuera de mí, que me rebasa... Eran sonidos tal vez más tenues pero mucho más violentos.

Llevo rato recordándolos, tratando de distinguir a qué objeto pertenecían pero no puedo. Los conozco, estoy muy cercana a ellos y no los he vuelto a oír. Tendría que repasar mi casa para encontrar de qué punto salieron, dónde, dónde, dónde, de qué punto de la casa brincaban para alertarme, para hacerme comprender que eran *para mí*, que sonaban para mí, avanzando en la oscuridad y en la oscuridad retrocediendo, tentaleando aquí y allá, tropezándose entre sí sin encontrarme.

Yo sabía que su cacería sin ojos terminaría por no ser infructuosa. Mientras llegaran, aunque me rozaran el cuello o pasaran a un escaso pie de distancia de mis pies, aunque los oyera y llenaran cuanto me rodeaban de ellos, no daban en el blanco, el blanco que era mi corazón antes de que lo devoraran del todo las tinieblas...

¿Por qué era blanco mi corazón? ¿Se cuenta en tres frases o en dos cómo me perseguían cuando yo no era más que la indefensa que los esperaba sin poder aljarlos!, se dice con pocas palabras que toda la noche sin descanso me despertaban para acorralarme, es fácil definir: "niña con mucho miedo, padece pánico nocturno porque escucha que se acercan a ella en la noche"... "¿Qué se acerca a ella? Nunca se lo preguntó, tampoco nunca se explicó en pocas palabras lo que era ella"...

No sabía qué podía hacer contra la persecución. Más pequeña, me quedaba en la cama o corría a la cama de mis papás para que me dejaran protegerme con ellos, pero papá nunca permitió que durmiera en su cuarto pensando que mis terrores nocturnos eran "payasadas", esa palabra usaba él para definirlos. Algunas noches lograba engañarlos y me quedaba dormida en un tapetito al pie de su cama, pensando que su cercanía era una protección, pero ya más grande, digamos desde los nueve años, dejé de recurrir al tapetito; si no me quedaba en la cama a esperar que me golpearan los sonidos, caminaba por la casa tratando de esquivarlos.

Con el tiempo aprendí a verlos, pero nunca les puse nombre.

\* Reproducidos en estas páginas el capítulo III de la última novela de Carmen Boullosa, que saldrá a la luz el año próximo.

¡No vayan a creer que lo que vi fue lo que producía el ruido! La geografía del ruido (alas de grillos frótándose, el caminar nocturno de la perra sobre el pasto, alguna paloma moviéndose, los coches pasando como ventisca en las calles, las hojas de la yuca, las cortinas tocadas por mosquitos, los objetos buscando acomodo tal vez, o tal vez alguno de ellos) no fue lo que vi: esa historia me hubiera gustado vivir, la de la descubridora que explorando pudiera matar mis vapores nocturnos.

El léxico sonoro era sólo una pequeña parte del mundo desverbal que inventé o habité de niña. Lo que pasaba por el tamiz de las palabras era el mundo que compartía con los otros: "pásame el azúcar, avientame la pelota, tengo frío, quiero comer, quiero más dulce, tengo sueño, no me cae bien la maestra, Gloria es mi mejor amiga, Ana Laura es la más grande del salón, qué bonito camina, no me gusta ir a casa de Rosi, Tinina es muy buena jugando basketbol, me gusta que papá juegue con nosotras almohadazos, Esther: no me gusta que te encierres en tu estudio, mis hermanas tienen otra mamá que no es Esther, nadie habla de ella en la casa, su abuela no me quiere, a veces la van a ver, oí decir que papá mantiene a la abuela de mis hermanas, pobrecitas, Esther nos llevó a cortarnos el pelo y nos dejó en el salón de belleza, las señoras platicaban de cosas que nunca oigo decir en la casa, me gustaría tener hermanos más chicos que yo, en la escuela todas tienen hermanos pequeños, es muy chica mi colección de oritos, la de mis hermanas es muy grande, el uniforme de gimnasia me parece ridículo, mi bicicleta es roja, los albañiles que trabajan en la esquina cantan todo el día, Inés nos hizo gelatina de naranja, ya no quiero llevar lonch, quiero que me inscriban en la cafetería..."

El universo desverbal era mucho más profuso, tenía muchos más habitantes, situaciones, mucho más mundo... A cada palabra correspondía un mundo sin verbo. *Tijeras*, por ejemplo, ¿qué son las tijeras? Dos navajas que viven juntas, oponiéndose y en aparente armonía.

Voy a contarles de las tijeras. Estaban prohibidas para las niñas, eran un objeto que no debíamos tocar. Teníamos unos remedos de tijeras a los que sí teníamos acceso: navajas chatas, sin filo, sin pico, mal llamadas tijeras.

O sea que había tijeras y tijeras. Las primeras eran armas de los mayores. Servían para coser, para cortar tela, para el pelo... En la cocina había unas gris opaco, grandes, gordas, pesadas, tan características que por ellas se podía decir que había tijeras, tijeras y tijeras.

Las primeras eran las que usaba la abuela, las que usaba mamá. Bastaba crecer para tener acceso a ellas. Eran pálidas, brillantes como las segundas ("tijeras de las niñas"), y tenían —como si fueran arrugas— marca de edad, como las terceras.

Las terceras vivían en la cocina. No tenían dueño, tenían uso: cortar cuellos de pollo, patas de pollo, tjeretear carnes para algunos guisos. No sólo nos estaba terminantemente prohibido tocarlas, sino que

yo no hubiera querido tocarlas: me daban asco. Aunque las lavaran, siempre estaban sucias.

Esa noche me despertaron unos pasos distintos, pisadas más agudas, ligeras pero peligrosas. Las oía venir desde muy lejos, algo me advertía que tenía que detenerlas. Dejé mi cama y me fui acercando a ellas. En el comedor de piso de madera algo se arrastraba hacia mí. No le tuve miedo y me le acerqué: ¿qué hacía adentro de la casa la tortuga? La habían traído de Tabasco para que la abuela hiciera sopa el día de cumpleaños de Esther, albergándola en la azotehuela de la cocina para que no la mordiera la perra y no se fuera a enterrar, porque oculta en la tierra no podríamos encontrarla para guisarla.

¿Qué hacía ahí? Corría en el comedor (los niños sabemos de sobra que las tortugas sí corren), corría hacia mí, aligerada por el terror su pesada carga. Me habían dicho que no me le acercara, que podría morirme, recomendación inútil porque no había cómo agarrarle la cabeza, pelona y arrugada la escondía apenas sentía acercarse a cualquiera.

Corría hacia mí y con su cara me tocó al llegar a mis pantorrillas. Me agaché a ella: sus ojos brillaban de pánico y no me llamó por mi nombre ni me pidió auxilio a gritos porque las tortugas no pueden hablar, sólo por eso. La levanté del piso y la sujeté a mí, pesada como era, y seguí escuchando los pasos, los peligrosos pasos que había que detener a toda costa.

Caminé en la oscuridad con la tortuga estregada a mi pecho como una amante indefensa, aterrorizada como yo, y le hablé en voz baja, le dije: "voy a cuidarte, pierde cuidado", le acaricié la concha y la cabeza apoyada en mi hombro, le acaricié las patas ásperas, demasiado cortas, y dejamos de oír el ruido que estábamos persiguiendo. Ni un paso más. Con aplomo, sintiéndome poderosa, llevé a la tortuga a la azotehuela de la cocina. Abrí la puerta, la dejé en el piso, calmada y creo que exhausta después de su larga carrera. Le serví un poco de agua en un cacharrito, cerré la puerta y regresé a la cama, rodeada de un amable silencio.

En cuanto puse la cabeza en la almohada, percibí algo extraño y oí bajo ella un oscuro respirar: la alcé. Bajo la almohada de mi cama estaban las torvas tijeras de la cocina.

¿Qué hacían ahí? Les tuve miedo como los niños suelen tener miedo, una sensación que casi no conocía y en la que no supe desenvolverse. Las tomé con asco, percibiendo su grosero olor, deliberé y terminé por llevarlas a la cocina.

No sé cómo llegué a la decisión, no sé si me ganó el miedo de un regaño (imaginé la escena al día siguiente: ¿qué hacían las tijeras en mi cuarto?, pregunta que formularían de no muy buen modo) o el miedo a las tijeras. Las llevé y las dejé en su lugar, colgando de un clavo en la pared de la cocina. Regresaba a mi cuarto a acostarme cuando volví a escuchar los pasos agudos.

Lo comprendí demasiado tarde. Corrí hasta la cocina pero ya no hubo remedio: la puerta de la azotehuela abierta, la tortuga sangrando con las tijeras culpables, divididas en dos, tiradas en sendos charcos

de sangre en el piso. La tortuga ya no tenía cabeza y le faltaba un pie.

Regresé horrorizada a mi cama y no lloré porque tenía demasiado miedo: ¿quién había abierto y cerrado sucesivas veces la puerta? ¿Quién había dejado las tijeras bajo mi almohada y para qué? Como otras noches, me arrulló el tictac acelerado de mi corazón.

A la mañana siguiente corrí a la cocina a ver qué habían hecho con la tortuga. Le pregunté a Inés, la cocinera, por la tortuga y, como era costumbre, no me contestó. Siguió exprimiendo jugo de naranja para el desayuno como si nadie le hubiera hablado: para ella no existíamos las niñas.

Traté de abrir la puerta de la azotehuela, pero, hecho natural, estaba cerrada con llave. Entonces Inés dijo: "Deje la tortuga en paz, ya le dijeron que muerde."

Esperé a Esther a la salida del baño. ¿Cómo tardaba tanto en bañarse? Repasaba las partes de su cuerpo pensando qué se estaría enjabonando, tardaba tanto, pero acabé de enumerarlas mentalmente antes que ella abriera la puerta. Cuando por fin, envuelta en una toalla, salió, le pregunté por la tortuga: "Ahí ha de estar". "¿Pero está?", le pregunté de nuevo. "¿Por qué no ha de estar? —me contestó— no tiene cómo escaparse".

Regresé a la cocina. Las tijeras colgaban serias y oscuras en su lugar, mientras la cocinera me daba la espalda. Me prometí no preguntar más por la tortuga.

El día del cumpleaños de Esther sí comimos sopa de tortuga. Mientras removía con la cuchara, pensaba ¿de qué tortuga estará hecha? No resistí y, rompiendo la promesa que me había hecho a mí misma, pregunté en voz alta: "¿De qué tortuga es la sopa?" "De río", me dijo la abuela. "Ya sé que es de río, pero cuál tortuga es". Se hizo un silencio. Cruzaron miradas de complicidad entre ellos.

"De una que nunca conociste", me dijo Esther. "¿Y la de la casa?", pregunté. "Quién sabe cómo, pero se escapó", contestó Esther. "¿Por qué no me dijiste?". "No preguntaste". "Sí, te pregunté un día". "Pero ése no escapó, se fue después. Un día no amaneció. Se fue quién sabe cómo, volando."

Se rió. Y se rieron todos los de la mesa, menos yo. Estallé en llanto. Sin control metí el pelo en el plato de sopa, en el despreciado plato de carne con plátanos machos, en el platillo verde que hasta antes de ese día me había hecho tanta ilusión.

Mientras Esther me decía "De qué lloras, cálmate, a ver", mi abuela creyó ser más astuta y dijo "Cree que nos estamos comiendo su tortuga, la que desapareció".

